

siderable de mujeres, que quedaron rezagadas, fueron hechas prisioneras. Marceau salvó a una joven que había perdido a sus padres, y que pedía en su desesperación que le diesen la muerte. Era modesta y bella, y Marceau, lleno de atención y delicadeza, la colocó en su carruaje, respetándola y poniéndola en un sitio seguro. Los campos estaban cubiertos a lo lejos con los restos de este terrible destrozo. Wéstermann, infatigable, acosaba a los fugitivos y sembraba el camino de cadáveres. No sabiendo dónde refugiarse los desgraciados, entran por tercera vez en Laval, y vuelven a salir para dirigirse de nuevo al Loira. Quisieron repararle por Ancenis, y Larochejacquelein y Stofflet pasaron a la otra orilla para ir, según dijeron, a coger barcas y conducir las a la orilla derecha; pero no volvieron más, aunque se asegura que les fué imposible verificarlo. No pudo, pues, efectuarse el paso, y la columna vendeana, privada de la presencia y apoyo de sus dos jefes, continuó el Loira abajo, siempre perseguida y buscando un paso inútilmente. Desesperada al fin, y no sabiendo adónde dirigirse, resolvió huir hacia el extremo de Bretaña en el Morbihán, y después se trasladó a Blain, donde aún consiguió una ventaja con la retaguardia, y desde Blain a Savenay, desde cuyo punto esperaba introducirse en el Morbihán.

Seguíanla sin descanso los republicanos, y llegaron a Savenay la tarde del mismo día en que llegó aquélla. Tenía Savenay el Loira a la izquierda, a la derecha unas lagunas, y un bosque por delante. Conocía Kléber lo importante que sería ocupar sin pérdida de momento el bosque y posesionarse de todas las alturas para destruir al día siguiente a los vendeanos en Savenay, antes que tuviesen tiempo de salir de este punto. Destacó, en efecto, la vanguardia contra ellos, y aprovechándose del momento en que los vendeanos salían del bosque para rechazarla, se arrojó audazmente hacia aquel punto con un cuerpo de infantería, y los desalojó sin tardanza. Entonces huyeron a Savenay, y se encerraron allí, no cesando, sin embargo, de hacer un fuego sostenido durante toda la noche. Wéstermann y los representantes proponían atacar inmediatamente para destruirlo todo aquella noche misma; pero Kléber, que no quería perder una victoria segura por una falta, declaró resueltamente que no se atacaría, y después, retirándose con imperturbable serenidad, dejó que hablasen de él sin responder a ninguna injuria. Con esto estorbó toda especie de movimiento.

Al día siguiente, 23 de diciembre, no había aún rayado la aurora cuando ya estaba a caballo con Marceau recorriendo su línea. Entretanto, desesperados los vendeanos, y no queriendo sobrevivir a la jornada, se arrojan los primeros a los republicanos. Marceau marcha con el centro, Canuel con la derecha, y con la izquierda Kléber, precipitándose todos y arrollando a los vendeanos. Marceau y Kléber se reúnen en el pueblo, se apoderan de cuanta caballería encuentran, y emprenden su marcha en pos de los vendeanos.

El Loira y las lagunas impedían retirarse a estos infelices; una multitud de ellos quedaron inmolados en las puntas de las bayonetas, y otros prisioneros, y apenas hubo quien hallase un medio para salvarse: la columna quedó enteramente destruída, y terminada en realidad la gran guerra de la Vendée.

De modo que aquella desgraciada gente, sacada de su país por la imprudencia de sus jefes y reducida a buscar un puerto donde refugiarse al amparo de los ingleses, tocó inútilmente la orilla del Océano, y no habiendo podido tomar a Granville, se dirigió al Loira; no pudiendo repararle, fué rechazada otra vez a Bretaña, y otra de aquí al Loira; hasta que al fin, imposibilitada de salvar esta fatal barrera, acababa de fenecer toda entre Savenay, el Loira y las lagunas. Se encargó a Wéstermann que con su caballería, persiguiese los fugitivos restos de la Vendée, y Kléber y Marceau se volvieron a Nantes, donde recibidos el 24 por toda la población de esta ciudad, obtuvieron una especie de triunfo y fueron premiados por el club jacobino con una corona cívica.

Si se considera en conjunto esta memorable campaña del 93, no se podrá menos de tenerla como el mayor esfuerzo que ha podido hacer jamás un pueblo amenazado. En el año 1792, la liga, que aún no se había completado, obró sin unión y sin vigor. Los prusianos intentaron en Champaña una invasión ridícula; los austriacos se limitaron en los Países Bajos a bombardear la plaza de Lila; y los franceses, en el primer ímpetu, rechazaron a los prusianos más allá del Rhin, a los austriacos al otro lado del Mosa, y conquistaron los Países Bajos, Maguncia, la Saboya y el condado de Niza. El grande año 93 comenzó de una manera muy diferente. La liga se aumentó con tres potencias que habían permanecido hasta entonces neutrales. España, obligada por el 21 de enero, había colocado al fin cincuenta mil hombres en los Pirineos; Francia había obligado a Pitt a declararse, y la Inglaterra y la Holanda entraron a un mismo tiempo en la liga, que era bastante numerosa, y que más conocedora de los medios con que contaba el enemigo, aumentaba sus recursos y se preparaba a un esfuerzo decisivo. Así es que Francia, como en el reinado de Luis XIV, tenía que defenderse contra la Europa toda, con la particularidad de que esta vez no se atrajo esa multitud de enemigos por su ambición, sino por la justa ira que les inspiró la intervención de las potencias en sus asuntos interiores.

Desde el mes de marzo principió Dumouriez con el rasgo temerario de querer invadir la Holanda, metiéndose en unos barcos. Coburgo sorprendió al mismo tiempo a los lugartenientes de Dumouriez, los arrojó al otro lado del Mosa, y le obligó a dar la terrible batalla de Neerwinden, la cual estuvo a punto de ganarse, cuando cedió el ala izquierda y repasó el Gette; por lo cual fué preciso batirse en retirada, y perdimos la Bélgica en pocos días. Entonces los descalabros, agriando los ánimos, impulsaron a Dumouriez a romper con el gobierno y pasarse a los austriacos.

En el mismo instante, batido Custine en Francfort, rechazado al Rhin y separado de Maguncia, dejaba sitiada esta famosa plaza a los prusianos y comenzar el bloqueo; los piemonteses triunfaban en Saorgio, los españoles cubrían los Pirineos; y finalmente, las provincias del Oeste, privadas de sus curas y exasperadas con el levantamiento de trescientos mil hombres, acababan de rebelarse en nombre del altar y del trono.

Al mismo tiempo la Montaña, furiosa por la deserción de Dumouriez, por las derrotas sufridas en los Países Bajos, en el Rhin, en los Alpes, y especialmente

por la sublevación del Oeste, no guardó consideración ninguna y lanzó violentamente a los girondinos del seno de la Asamblea, rechazando de este modo a todos los que podían hablarle de moderación. Este último exceso le acarreó nuevos enemigos. Sesenta y siete departamentos, de ochenta y tres que eran, se levantaron contra aquel gobierno, que tuvo que luchar entonces contra la Europa, la Vendée realista y las tres cuartas partes de la Francia confederada.

Pero mientras la Convención triunfaba de los federales, sus demás enemigos habían hecho progresos alarmantes: Valenciennes y Maguncia fueron tomadas después de sitios memorables; la guerra del federalismo produjo acontecimientos desastrosos, tales como el sitio de Lyon y la traición de Tolón; y por último, la misma Vendée, aunque encerrada en el cuadro del Loira, del mar y del Poitou, por la feliz resistencia de Nantes, acababa de rechazar a las columnas de Wéstermann y



Marceau

En esta época fué cuando perdimos el campamento de Famars y murió el intrépido Dampierre; cuando se levantó el bloqueo de Valenciennes, estrechándose obstinadamente a Maguncia; cuando los españoles pasaron el Tech y amenazaron a Perpiñán, mientras los vendeanos tomaban a Saumur, sitiando a Nantes, y cuando los federales, en fin, se dispusieron a salir de Lyon, de Marsella, de Burdeos y de Caén para precipitarse sobre París.

Desde todos los puntos se podía intentar una atrevida marcha contra la capital, terminar la revolución con algunas acciones, y paralizar la civilización europea por largo tiempo. Felizmente se sitiaron plazas, y puede recordarse con cuánta firmeza hizo entrar la Convención en su deber a los departamentos, valiéndose sólo de su autoridad y dispersando a los imprudentes que se habían adelantado hasta Vernón, y con cuán buena suerte fueron rechazados de Nantes los vendeanos y contenidos en su victoriosa marcha.

Labaroliere, que quisieron penetrar en su seno. Jamás había sido tan grave la situación; los coligados no estaban detenidos ya en el Norte y en el Rhin por causa de los sitios: Lyon y Tolón ofrecían a los piemonteses sólidos apoyos; la Vendée parecía indomable, presentando a los ingleses un punto en que tomar tierra.

Entonces fué cuando la Convención llamó a París a los enviados de las asambleas primarias, les hizo jurar la Constitución del año III para que la defendiesen, y resolvió con ellos que toda la Francia, hombres y cosas, quedaría a disposición del gobierno. Entonces se decretó la leva en masa, generación por generación, y la facultad de embargar cuanto fuese necesario para la guerra; entonces se instituyó el gran libro y el empréstito forzoso sobre los ricos para retirar de la circulación una parte de los bienes nacionales; entonces fué cuando dos grandes ejércitos se dirigieron contra la Vendée, marchando a este punto por la posta la guarnición de

Maguncia, y cuando se resolvió abrasar este desgraciado país, trasladando la población á otro punto.

Por último, Carnot entró á formar parte del comité de salvación pública, comenzando á introducir orden y concierto en las operaciones militares.

Habíamos perdido el campamento de César, y merced á una gloriosa retirada, Kilmaine salvó los restos del ejército del Norte. Los ingleses se habían dirigido á Dunkerque para sitiar esta plaza, mientras los austriacos atacaban el Quesnoy y se dirigía aceleradamente un ejército desde Lila hacia la retaguardia del duque de York. Si Houchard, que mandaba entonces sesenta mil franceses, hubiese comprendido el plan de Carnot, marchando sobre Furnes, no se hubiera salvado un solo inglés. En vez de colocarse entre el cuerpo de observación y el de sitio, emprendió una marcha directa, y decidió por lo menos el levantamiento del sitio, dando la feliz batalla de Hondshoote. Ella fué nuestra primera victoria, salvó á Dunkerque, privó á los ingleses de todo fruto de esta guerra y nos devolvió la alegría y la esperanza.

Sin embargo, nuevos desastres trocaron bien pronto esta alegría en nuevas alarmas. Los austriacos tomaron á Quesnoy; el ejército de Houchard, sobrecogido en Menin de un terror pánico, se dispersó; los prusianos y austriacos, á quienes nada contenía ya desde la toma de Maguncia, se adelantaron por las dos vertientes de los Vosgos, amenazaban las líneas de Wissemburgo y nos batieron en diversos encuentros. Los lioneses resistían vigorosamente, y los piemonteses, recobrada la Saboya, habían bajado á Lyon para coger entre dos fuegos á nuestro ejército. Ricardos había atravesado el Tet, pasando de Perpiñán; y finalmente, la división de las tropas del Oeste en dos ejércitos, el de la Rochela y el de Brest, había frustrado el éxito del plan de campaña acordado en Satmur el 2 de septiembre.

Mal apoyado Canclaux por Rossignol, se halló indefenso en el seno de la Vendée y hubo de replegarse sobre Nantes. Entonces se hicieron nuevos esfuerzos: completóse y se proclamó la dictadura por la institución del gobierno revolucionario; la autoridad del comité de salvación pública fué proporcionada al peligro, se hicieron las levas y organizáronse los ejércitos con multitud de quintos. Los recién llegados formaron las guarniciones, y se pudieron trasladar á las líneas las tropas organizadas. Finalmente, la Convención mandó á los ejércitos que venciesen en un tiempo dado.

Las providencias que tomó produjeron sus inevitables efectos. Reforzados los ejércitos del Norte, se concentraron en Lila y en Guisa. Los aliados habían pasado á Maubeuge para tomarlo antes de terminarse la campaña; Jourdan, que salió de Guisa, trabó con los austriacos la batalla de Watignies, é hizo levantar el sitio de Maubeuge, como Houchard había hecho levantar el de Dunkerque. Los piemonteses fueron rechazados por Kéllermann más allá del San Bernardo; Lyon, lleno de quintos, fué tomado por asalto; Ricardos se vió recha-

zado más allá del Tet; y finalmente, los dos ejércitos de la Rochela y de Brest, á las órdenes de un solo jefe, Lechelle, que dejaba obrar á Kléber, arrollaron á los vendeanos en Chollet, obligándoles á cruzar el Loira desordenadamente.

Sólo un descalabro turbó el regocijo que debían causar tales acontecimientos: las líneas de Wissemburgo se perdieron; pero el comité de salvación pública no quiso terminar la campaña antes de recobrarlas; y el joven Hoche, general del ejército del Mosela, desgraciado, aunque intrépido en Kaiserslautern, alcanzó una recompensa á pesar de ser batido. No siéndole posible vencer á Brunswick, precipitóse sobre el flanco de Würmser, y desde aquel momento los dos ejércitos del Rhin y del Mosela, ya reunidos, rechazaron á los austriacos más allá de Wissemburgo, obligaron á Brunswick á seguir este movimiento retrógrado, é hicieron levantar el bloqueo de Landau, acampando en el Palatinado.

Se recobró á Tolón por una idea feliz y un prodigio de audacia; y los vendeanos, á quienes se creía aniquilados, pero que en su desesperación se habían dirigido en número de ochenta mil hasta más allá del Loira, buscando un puerto para echarse en brazos de los ingleses, fueron rechazados desde las orillas de aquel río, y cogidos entre dos barreras que jamás pudieron franquear. Sólo en los Pirineos fueron desgraciados nuestros ejércitos; pero no perdimos sino la línea del Tech, y acampábamos aún delante de Perpiñán.

Así pues, aquel año grandioso y terrible nos presenta á Europa oprimiendo á la revolución con todo su peso, haciéndola expiar sus primeros triunfos del 92, obligando á sus ejércitos á retroceder, penetrando por todas las fronteras á un tiempo; y á una parte de Francia insurreccionada, y agregando sus esfuerzos á los de las potencias enemigas. Entonces se irrita la revolución; su cólera estalla el 31 de mayo; desde este día se granjea nuevos enemigos, y parece á punto de sucumbir contra Europa y las tres cuartas partes de sus provincias sublevadas; pero muy pronto hace entrar en razón á sus enemigos interiores; presenta un millón de hombres á la vez, bate á los ingleses en Hondshoote y es batida de nuevo. Con esto redobla al punto sus esfuerzos, gana una batalla en Watignies, recobra las líneas de Wissemburgo, rechaza á los piemonteses hasta más allá de los Alpes, toma á Lyon y Tolón, y derrota dos veces á los vendeanos, la primera en la Vendée y la segunda y última en Bretaña. Jamás espectáculo alguno fué más grande y digno de ofrecerse á la admiración é imitación de los pueblos: Francia había recobrado todo cuanto perdió, excepto Condé y Valenciennes y algunos fuertes del Rosellón. Las potencias de Europa, por el contrario, que habían combatido todas juntas contra una sola, no alcanzaron nada, reconveníanse entre sí, y se atribuían mutuamente la mengua de la campaña. Francia acababa de organizar sus medios, y debía aparecer mucho más formidable al año siguiente.

## CAPÍTULO XVIII

Continuación de la lucha entre hebertistas y dantonistas. — Camilo Desmoulin publica el *Antiguo Franciscano*. — El comité media entre los dos partidos, consagrándose primero á reprimir á los hebertistas. — Escasez en París. — Informes importantes de Robespierre y Saint-Just. — Movimiento intentado por los hebertistas. — Arresto y muerte de Ronsin, Vincent, Hebert, Chaumette, Momoro, etc. — El comité de salvación pública hace sufrir la misma suerte á los dantonistas. — Arresto, proceso y suplicio de Danton, Camilo Desmoulin, Philippeaux, Lacroix, Herault Sechelles, Fabre d'Eglantine, Chabot, etc.

La Convención había comenzado á ejercer algunos actos de severidad contra la facción turbulenta de los franciscanos y de los agentes ministeriales. Ronsin y Vincent estaban presos y sus partidarios se agitaban por fuera, esforzándose, Momoro en los franciscanos, y Hebert en los jacobinos, por excitar en favor de sus amigos el interés de los revolucionarios exaltados. Los franciscanos hicieron una petición, y con tono muy poco respetuoso preguntaron si se quería castigar á Vincent y á Ronsin, por haber perseguido valerosamente á Dumouriez, Custine y Brissot, declarando que consideraban á aquellos dos ciudadanos como excelentes patriotas; y que los conservarían siempre como individuos de su sociedad. Los jacobinos presentaron una exposición más mesurada, limitándose á pedir que se acelerase al informe sobre Vincent y Ronsin, para castigarlos si eran culpables ó devolverles la libertad en el caso de ser inocentes.

El comité de salvación pública guardaba todavía silencio: sólo Collot d'Herbois, aunque individuo del comité y partidario obligado del gobierno, manifestó el mayor celo por Ronsin, y el motivo era natural, pues la causa de Vincent le era casi extraña, al paso que la de Ronsin, enviado á Lyon con él, y ejecutor además de sus sangrientas órdenes, le tocaba muy de cerca. Collot d'Herbois había sostenido con Ronsin que sólo se contaba una centésima parte de lioneses que fueran patriotas, que era preciso deportar ó inmolar á los demás, llenar el Ródano de cadáveres, espantar á todo el Mediodía con aquel espectáculo, y asombrar de terror á la rebelde ciudad de Tolón. Ronsin estaba preso por haber repetido estas horribles frases en un cartel; y Collot d'Herbois, llamado para dar cuenta de su misión, tenía el mayor interés en justificar la conducta de Ronsin, á fin de que se aprobase la suya. En aquel momento llegaba una petición firmada por algunos ciudadanos lioneses, que hacían la pintura más desgarradora de los males de su ciudad: á las descargas de metralla habían sucedido las ejecuciones en la guillotina; toda la población estaba amenazada de exterminio, y se había comenzado á demoler una ciudad rica y fabril, no con la piqueta, sino con la mina. Esta exposición, que cuatro ciudadanos tuvieron el valor de firmar, produjo en la Convención una impresión dolorosa. Collot d'Herbois se apresuró á redactar su informe, y en su embriaguez revolucionaria presentó estas

terribles ejecuciones tal como se ofrecían á su propia imaginación, es decir, como indispensables y naturales. «Los lioneses, decía en substancia, estaban vencidos, pero aseguraban que tomarían bien pronto la revancha. Era preciso imponer por el terror á estos rebeldes, sin someter aún, y con ellos á todos los que quisieran imitarles; se necesitaba un ejemplo rápido y terrible. El instrumento ordinario de muerte no actuaba con bastante celeridad; el martillo demolía con lentitud; la metralla ha aniquilado á los hombres, y la mina ha destruído los edificios. Los que han muerto habían derramado todos la sangre de los patriotas; una comisión popular los elegía de un golpe de vista rápido y seguro entre la multitud de prisioneros, y no hay motivo para sentir la muerte de ninguna de las víctimas.» Collot d'Herbois obligó á la Convención admirada á aprobar lo que á él mismo le parecía tan natural; y dirigióse después á los jacobinos para quejarse á ellos del trabajo que le había costado justificar su conducta, y de la compasión que habían inspirado los lioneses. «Esta mañana, dijo, he necesitado valerme de circunloquios para que se aprobase la muerte de los traidores. Llorábase y se preguntaba si *habían muerto del primer golpe...* ¡Del primer golpe, los contrarrevolucionarios! Y Chalier ¿murió del primer golpe? (1)... ¡Os informáis, dije yo á la Convención, de cómo murieron esos hombres que han cubierto de sangre á nuestros hermanos! Si no hubieran muerto, no deliberaríais aquí... ¡Pues bien, apenas se comprendía este lenguaje! ¡No podían oír hablar de los muertos; no podían menos de ver sombras!» Pasando después á tratar de Ronsin, Collot d'Herbois dice que este general ha compartido todos los peligros de los patriotas en el Mediodía; que había arrojado con él los puñales de los aristócratas, desplegando la mayor firmeza para hacer respetar la autoridad de la república; y que en aquel momento se regocijaban todos los aristócratas de su detención, siendo ésta para ellos una esperanza. «¿Qué ha hecho, pues, Ronsin para que se le prenda?, añadía Collot; yo lo he preguntado á todo el mundo, y nadie ha podido decírmelo.»

Al día siguiente de esta sesión, en la del 3 nivoso, Collot, volviendo á la carga, se presenta para anunciar la muerte del patriota Gaillard, el cual viendo que la

(1) Este montañés, condenado por los federalistas lioneses, fué mal ejecutado por el verdugo, quien tuvo que repetir la operación hasta tres veces para cortarle la cabeza.